

Estructuras cognitivas y enfoque genérico en Bourdieu

Silvestre Manuel Hernández*

*Para mis sobrinos y ahijados: Carolina Neri,
Kevin Alejandro y Yabel Hernández.*

En la presente investigación se realiza un estudio sobre la función y el uso del lenguaje, dentro del tipo de sociedad caracterizada por Pierre Bourdieu como androcéntrica, la Cabilia. Se hace hincapié en las estructuras epistémicas y sociales, en la dominación simbólica y real, en la reproducción del lenguaje y del poder, y en la posible deconstrucción del discurso patriarcal. Asimismo, se explican los elementos interrelacionados en el capital simbólico, operante en el imaginario colectivo, y cómo esto desembocó en la creación de un espacio y una función determinados para hombres y mujeres en la sociedad.

Palabras clave: capital simbólico, deconstrucción del discurso patriarcal, deshistoricización, espacio público y privado, estructuras cognitivas, formalización del poder, función del lenguaje, uso de los discursos, visión androcéntrica.

Introducción

A principios del siglo XX, el estudio de la función y el uso del lenguaje en los distintos ámbitos de acción del ser humano se convirtió en uno de los vehículos más plausibles para poder hablar de un conocimiento sustentado en *hechos materiales*, tendientes a convertirse en ciencia. Así fue como la lingüística devino en el modelo a seguir en las investigaciones literarias, como lo fueron el formalismo y el estructuralismo, siendo este último el sistema de pensamiento que influyó en más vertientes del saber, comprendiendo entre ellas a la filosofía, la sociología, la teoría política y la antropología.

* Investigador en ciencias sociales y humanidades de la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: silmanhermor@hotmail.com

Es por ello que un sociólogo del nivel de Pierre Bourdieu no pasa por alto la importancia que el lenguaje tiene en las distintas concepciones y formaciones discursivas que actúan en el interior de una sociedad, en forma de intercambios lingüísticos, producción y reproducción de la lengua, institucionalización del lenguaje o eficacia política en cuanto a la estructura representacional de *lo que se dice*.

Ahora bien, por estructuras cognitivas, en general, se entienden los procesos mentales mediante los cuales las personas asimilan y dan razón de los hechos, reales o abstractos, que pasan por sus mentes; es decir, hablan de algo con sentido desde un lenguaje previo, inmerso en una red de significados de la cultura. Estructuras cognitivas, en la presente investigación, alude a los sustentos epistemológicos, esto es, atañe a aquellos elementos teóricos, categoriales y conceptuales por medio de los cuales *La domination masculine*, de Pierre Bourdieu, aporta conocimiento no sólo sobre la comunidad de la Cabilia, sino sobre la forma en que el occidental ha visto al “otro”, llámese africano, asiático, o a las mujeres. Y en este contexto, la reflexión del sociólogo francés transita de un orden de las cosas aparentemente “natural”, hacia una crítica del mismo, en tanto que es una construcción mental, cuyo fin ha sido imponer una visión del mundo desde los parámetros androcéntricos.

De manera conjunta, la obra de Bourdieu es importante porque no parte de un *a priori* o modelo extrasocial forjado en el pensamiento, por medio del cual investigue determinados comportamientos sociales, sino que se sumerge en el transcurrir cotidiano, en los actos que los individuos manifiestan y, de acuerdo con los mismos, realiza una taxonomía de corte descriptiva, para luego pasar a una conceptualización teórica sobre los problemas o contradicciones de corte institucional o aceptados tácitamente por los sujetos; como en el estudio que me ocupa lo es la dominación de los hombres hacia las mujeres, en el nivel simbólico y material (práctico de la vida diaria).

Por tal motivo, considero pertinente realizar una investigación sobre la función del lenguaje en el cuerpo teórico de *La domination masculine* y ¿*Qué significa hablar?*, y complementarlas con otras obras del sociólogo francés, con el fin de establecer una interrelación entre el “ámbito simbólico” y la operatividad del lenguaje en el discurso patriarcal, enfocándola desde una perspectiva de género.

exégesis de los presupuestos formales y epistémicos en que se sustenta la exposición sobre “la dominación masculina”; es decir, patentizar los distintos niveles cognitivos que oscilan entre lo simbólico y lo real, necesariamente materializados en el uso del lenguaje, por medio del cual se expresan los sujetos y se vuelven objeto de conocimiento. Las hipótesis que sostengo son:

1. Las estructuras epistémicas de la dominación se fundamentan en la circulación de cierto tipo de discursos que otorgan un lugar a los individuos en el entramado social. Asimismo, los discursos presuponen estructuras verbales que se “materializan” (tránsito de lo simbólico y discursivo hacia lo real y concreto de la vida humana) en las instituciones sociales, religiosas, educativas y familiares, desde las cuales se *legitima* la dominación de los hombres sobre las mujeres.
2. Hay sistemas de poder y valores que se interrelacionan, consciente o inconscientemente, al interior del lenguaje, los cuales se materializan en los discursos y en las instituciones que regulan la vida de los individuos, donde la función del lenguaje es determinante para entender los posibles *sentidos* que operan en las distintas esferas de acción de hombres y mujeres.

La metodología consistirá en exponer los sustentos tácitos y expresos de las tesis de Bourdieu; daré una razón de en lo qué se está basando el autor para hablarnos de que las estructuras cognitivas y sociales presuponen estructuras internas, una coherencia práctica, ciertos discursos, y una visión “falonarcisista”, como elementos constitutivos de una cosmología androcéntrica inmersa en la tradición cultural de Occidente, donde los objetos simbólicos implican intenciones de poder y distintos significados, posibles de entenderse gracias al análisis del lenguaje, cuyo sistema operante y de dominación sigue en funcionamiento. Finalmente, señalaré los ámbitos teóricos desde los cuales se puede criticar el discurso patriarcal, como lo es la posición genérica de la diferencia sexual, la ausencia de un *Sujeto* regulador de todos los niveles del conocimiento, desde el cual supuestamente cobraba sentido y referencia toda posible explicación sobre la conducta social y personal de los seres humanos, y la deshistoricización de la historia

con el fin de que las mujeres cuenten como seres totales en el campo público y político.

Estructuras epistémicas y sociales

La “realidad social”, entendida como la suma total de objetos y sucesos dentro del mundo social y cultural, tal y como los experimenta el hombre en su existir cotidiano, desde su “sentido común”, es el mundo de objetos culturales e instituciones sociales en el que todos hemos nacido,¹ dentro del cual debemos movernos y con el que tenemos que entendernos. Además de esto, “experimentamos el mundo como natural y cultural al mismo tiempo, como algo intersubjetivo, es decir, común a todos nosotros, dado o potencialmente accesible a cada uno. Y esto presupone la intercomunicación y el lenguaje” (Mardones y Ursúa, 1996:169). Mas el mundo social, desde un enfoque de género, aparece como una construcción desde los parámetros de la dominación masculina; es decir, las posibles formas de explicar o describir el hacer de hombres y mujeres en la sociedad presupone un trabajo exegético de las condiciones históricas de la producción del inconsciente y del ámbito simbólico, que necesariamente desemboca en una crítica de la visión androcéntrica del mundo. Es por ello que el conocimiento del modelo acabado del “inconsciente” falonarcisista permite descubrir y comprender su actuación en los distintos estratos de la sociedad.

Con base en lo anterior, puedo iniciar el desarrollo de esta investigación hablando del discurso y la racionalización, que en el trabajo de Bourdieu dependen de las estructuras masculinizantes con que se crean

¹ Para no quedarnos con la idea de cultura como concatenación de acontecimientos y productos materiales e intelectuales, presentes en nuestra vida social cotidiana, el filósofo alemán Ernst Cassirer, “descubridor” del ámbito simbólico de los objetos culturales, y de gran influencia en Pierre Bourdieu, nos recuerda que “una cultura nos es accesible cuando penetramos activamente en ella; y esta penetración no se halla vinculada al presente inmediato. Las diferencias de tiempo, las diferencias del antes y después se relativizan en este caso, [pues son] diferencias entre el aquí y el allí” (Cassirer, 1993:118). Con lo que el sentido de cultura se amplía, para significar el producto de la formación del hombre, esto es, el conjunto de los modos de vivir y pensar cultivados, civilizados, pulimentados.

los objetos de estudio,² esto es, la dominación, la sexualidad, la apropiación de los cuerpos y la estratificación de las funciones para hombres y mujeres, están permeadas por un discurso creador de sentido y de referencia, de acuerdo con los parámetros del patriarca o del poder vertical que desciende de los hombres encumbrados en los puestos públicos.

La racionalización se contempla como la forma de sistematizar los procedimientos mediante los cuales se determinan funciones, lugares y creencias; se transmuta en una técnica para ordenar todos los ámbitos de acción del ser humano. Con esto se quiere dar a entender que todas las estructuras y los mecanismos por los cuales una sociedad funciona, transitaron del nivel teórico-analítico hacia su concretización en la realidad. Haciendo hincapié en que la realidad captada en la percepción y la intuición inmediata, aparece ante nosotros como un todo en que no se dan nunca separaciones bruscas. Y, sin embargo, este todo es a la par “uno y doble”, ya que lo captamos, de una parte, como una realidad objetiva y, de otra, como una realidad “personal”.

En este sentido, a Bourdieu le interesa ver las relaciones de oposición y de homologación que estructuran las prácticas de la sociedad de la Cabilia, así como la visión sinóptica, para redescubrir el sistema que la articula, que le confiere una necesidad objetiva y subjetiva, para asegurar la reapropiación de un conocimiento inmemorial, mas latente en la historia colectiva e individual. Su análisis podría catalogarse como tradicional dentro de la sociología, debido a la metodología y a las hipótesis de estudio en que se sustenta, pero no se queda solamente en ese nivel, sino que lo trasciende al adentrarse en el campo de lo simbólico e inconsciente de los individuos, para ver como funciona su aparato referencial y discursivo, y cómo es que todo parece estar anegado por una visión androcéntrica y falocrática en la vida de hombres y mujeres.

Un ejemplo de las aseveraciones anteriores se puede observar en la dilucidación sobre la forma en cómo los cuerpos se sexualizan, elaborada por Bourdieu en *La domination masculine*, donde llega a la con-

² Por estructura, en ciencias sociales y humanidades, se entiende las unidades constitutivas del lenguaje que no son ni formas preestablecidas ni sustancias dadas; esta acepción corresponde al estructuralismo, donde lo importante es identificar y definir las reglas y limitaciones en el seno de las cuales, y en virtud de las cuales, el significado es generado y comunicado (Badcock, 1983).

clusión de que está atravesada por una construcción simbólica del cuerpo biológico, “y en especial del acto sexual, concebido como acto de dominación, de posesión” (Bourdieu, 1998:62), que genera hábitos diferenciados y diferenciadores. Y en este tenor, la masculinización o feminización del cuerpo implica una somatización de la relación de dominación que tiende a “naturalizarse” en las conciencias de los individuos y a “materializarse” en los roles públicos y privados, es decir, propende a la aceptación de los distintos estratos para hombres y mujeres en la familia, la política, la ciencia, la economía, la educación y la religión.

Conviene señalar que el conocimiento sociológico consiste en un proceso de objetivación que busca hacer llegar, mediante procedimientos metódicos, lo diverso empírico al estatus de objeto dependiente del orden legal de los principios y las reglas. Y supone la posibilidad de aportar orden a la diversidad fenoménica; con base en los métodos de análisis dirigidos a clasificar, medir y ordenar, un conjunto de fenómenos; y sometiendo los instrumentos de conocimiento a la lógica de la economía de medios; teniendo en cuenta la unidad de análisis y que el objeto epistémico necesita de un “espacio”, una “propiedad” y una “posición”, para ser comprendido y explicado. Con lo cual, el saber sobre el mundo social se fundamenta en una reconstrucción evolutiva del cambio histórico de las sociedades, y en el estudio de las relaciones e interdependencias entre instituciones y aspectos de la vida económica, social, política, familiar y religiosa. Es por ello que en cualquier panorama sociológico que se ofrezca, siempre se encontrarán prescripciones para los distintos objetos de estudio y para los seres a los cuales afectan directamente.³

De acuerdo con lo anterior, toda la estructura social está presente en el núcleo de la interacción, bajo la forma de los esquemas de percepción y apreciación inscritos en el cuerpo de los agentes interactivos, Bourdieu aclara:

Estos esquemas en los cuales un grupo deposita sus estructuras fundamentales (como grande/pequeño, fuerte/débil, grueso/fino, etc.) se interpo-

³ En el aspecto formal, Bourdieu no colecciona datos sin relación entre sí, sino que ofrece una explicación ordenada de sus objetos de estudio, conectando y haciendo encajar unos con otros, en tanto que los enunciados se relacionan de forma subsuntiva para constituir el conocimiento adquirido.

nen desde el principio entre cualquier agente y su cuerpo, porque las reacciones o las imágenes que su cuerpo suscita en los demás y su percepción personal de esas reacciones, están construidas de acuerdo con esos esquemas (Bourdieu, 1998:70).

En este contexto, nuestro autor encuentra similitudes entre el sistema operante en la sociedad de la Cabilia y la sociedad inglesa reflejada por Virginia Woolf en sus trabajos literarios: *Una habitación propia*, *Al faro* y *Tres guineas*,⁴ el sociólogo en cuestión precisa:

[...] se observan con toda claridad en las prácticas rituales, realizadas pública y colectivamente e integradas en el sistema simbólico de una sociedad totalmente organizada de acuerdo con el principio de la primacía de la masculinidad (Bourdieu, 1998:89).

Incluso va más allá de la demarcación literaria, al afirmar, como los cableños, nosotros estamos conducidos en nuestras prácticas y nuestras opiniones por “mecanismos” profundamente escondidos que la ciencia debe descubrir.⁵

La parte de nuestras acciones que controlamos es muy débil con relación a aquella que incumbe a “mecanismos” que, inscritos en nuestro cuerpo por el aprendizaje, no son pensados conscientemente o que funcionan fuera de nosotros, según las regularidades de las instituciones (Bourdieu, 2000:66).

Ahora bien, el conocimiento no solamente tiene como finalidad primordial los entes materiales y abstractos que pasan por los proce-

⁴ En *Una habitación propia* (1929), la escritora inglesa trasluce los engranajes de la sociedad británica de las dos primeras décadas del siglo XX, donde el androcentrismo impera en los distintos espacios sociales, así como en los niveles axiológicos e intelectuales. En *Al faro* (1927) desarrolla una visión personal de la “stream of consciousness”. *Tres guineas* (1938) pone en cuestión las costumbres, instituciones y organizaciones sociales de la Inglaterra de 1930. La autora destaca la vana pomposidad del excluyente mundo masculino y toma de ejemplo la obra de mujeres que han iniciado la lucha en su país para terminar con un “estado de cosas” desfavorable para su condición.

⁵ Téngase presente que el objetivo de Bourdieu en “La parenté comme représentation et comme volonté”, correspondiente al capítulo tres de la primera parte, *Trois études d'ethnologie kabyle*, de su *Esquisse d'une théorie de la pratique* (1972), es convertir la arbitrariedad del orden social en el orden de las cosas, las estructuras sociales en clases lógicas e instrumentos de conocimiento, en formas del pensamiento.

mentos mentales para dar una razón de ellos, sino que el propio portador del conocimiento, es decir, el ser humano, se vuelve él mismo objeto de conocimiento, en tanto que se cuestiona a sí mismo sobre alguna facultad, característica, o actividad interna o externa. En este sentido, hombres y mujeres se vuelven objetos de conocimiento en cuanto a la posibilidad de “cosificarlos” por medio de relaciones lógicas, conceptuales o categoriales, con la finalidad de extraer cierto saber sobre algo en particular de su ser, constitución o devenir, dentro de un marco referencial y contextual con otros individuos.

Por ello, dentro del estudio que se realiza, las formas particulares del discurso, el lenguaje, la racionalización y la creación de la subjetividad,⁶ funcionan como soportes de una estratificación para hombres y mujeres en el espacio público y el espacio privado, en el cual se evidencian las estructuras históricas de orden masculino que tienden a legitimar las acciones falocráticas, y donde pareciera que las mujeres asumen, inconscientemente, su inferioridad. Pero esto genera un replanteamiento intelectual, de acuerdo con las tesis de Bourdieu, e implica un cuestionamiento político y ético, por la importancia que estos quehaceres, la política y la ética, tienen para la formación de hombres y mujeres, no sólo en cuanto “objetos de análisis”, sino en tanto seres sociales.

Conjuntamente, en los sistemas donde opera la dominación masculina, la objetivización recae en el sexo femenino, pues las mujeres se convierten en objetos simbólicos, y la percepción de su ser tiene el efecto de colocarlas en un estado permanente de inseguridad corporal o, mejor dicho, de dependencia simbólica. Existen fundamentalmente por y para la mirada de los demás; en otras palabras, en cuanto que

⁶ Parte del trasfondo de las observaciones de Pierre Bourdieu está en constante diálogo con las tesis de Michel Foucault, baste recordar la reflexión del filósofo francés sobre el sujeto, donde pretende crear una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en la cultura. Para ello analiza la objetivización que transforma a los seres humanos en sujetos, siendo ejemplo de esto la ciencia, las prácticas divisorias, y el modo en que el ser humano se transforma a sí mismo en sujeto (Foucault, 1988). Los proyectos intelectuales de estos investigadores pueden ser comparados en su génesis y en su alcance, Louis Pinto nos dice: “[...] el enfoque histórico-filosófico de Michel Foucault y la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu pueden ser concebidos como dos maneras de practicar una historia social de las ‘formas simbólicas’ sugeridas por el pensamiento de Ernst Cassirer” (Pinto, 2002:35).

“objetos acogedores”, atractivos, disponibles. Se vuelven algo complaciente para las expectativas masculinas.

La dominación simbólica y la dominación real

Antes de adentrarnos en estas esferas, es necesario esbozar el concepto de *capital simbólico*, debido al alcance que tiene en la interrelación de lenguaje, dominación, poder, individuos y mundo social. Tal intelección aparece bajo la forma de importancia social, contar para los demás, y como algo aglutinante de las razones para vivir. Bourdieu lo desglosa a partir del siguiente supuesto: toda especie de capital (económico, cultural, social) tiende, en diferentes grados, a funcionar como capital simbólico (de modo que tal vez valdría más hablar, en rigor, de *efectos simbólicos del capital*) cuando obtiene un reconocimiento explícito o práctico: el de un *habitus* estructurado según las mismas estructuras del espacio en que se ha engendrado.⁷ En otras palabras, el capital simbólico (el honor, la honorabilidad, el prestigio) no es una especie particular de capital, sino aquello en lo que se convierte cualquier especie de capital cuando no es reconocida en tanto que capital; es decir, en tanto que fuerza, poder o capacidad de explotación (actual o potencial) y, por lo tanto, reconocida como legítima. Con más precisión, el capital existe y actúa como capital simbólico, proporcionando beneficios en la relación con un *habitus* predispuesto a percibirlo como signo y como signo de importancia; a conocerlo y reconocerlo en función de estructuras cognitivas aptas y propensas a otorgarle

⁷ La teoría del *habitus* es parte fundamental del capital teórico de Bourdieu, pues gracias a ella pudo dar cuenta de las relaciones de afinidad entre las prácticas de los agentes y las estructuras objetivas. Pues “el *habitus* demanda ser comprendido como una gramática generadora de prácticas acorde a las estructuras objetivas de las que es producto; la circularidad que preside su formación y funcionamiento da cuenta, por una parte, de la producción de regularidades objetivas de comportamiento y, por otra, de la modalidad de las prácticas que descansan sobre la improvisación, y no sobre una ejecución de reglas. Al reunir dos caras, una objetiva (estructura) y otra subjetiva (percepción, clasificación, evaluación), se puede decir tanto que interioriza lo exterior como que, a la inversa, exterioriza lo interior” (Pinto, 2002:44). Aunado a esto, las dimensiones del *habitus* son disposicional, distributivo, categorial, económico; con las cuales da cuenta de aspectos determinados del objeto de conocimiento, y está en estrecha asociación durante el trabajo empírico. Para tener un panorama sobre su alcance y limitación, véase Alexander (2001:53-72).

el reconocimiento, porque concuerdan con lo que es. En tanto fruto de la transfiguración de una relación de fuerza en relación de sentido, el capital simbólico “saca de la insignificancia” en cuanto carencia de importancia y sentido (Bourdieu, 1999:319; 1991:189-204; 1972: 227-243). Y en tanto condición y expresión del reconocimiento, el *capital simbólico* “circula en un campo y, aun si está desigualmente distribuido, su valor no deja por ello de ser de naturaleza fundamentalmente social y colectiva” (Pinto, 2002:211).

Por ello, contar con el conocimiento y el reconocimiento significa también tener el poder de reconocer, consagrar, decir con éxito, lo que merece ser conocido y reconocido, y, más generalmente, decir lo que *es*, o mejor aún, en qué consiste lo que *es*, qué hay que pensar de lo que *es*, mediante un decir (o un predecir) preformativo capaz de hacer que lo dicho sea conforme al decir (Bourdieu, 1999). Aunado a esto, todas las manifestaciones del reconocimiento social que conforman el capital simbólico, todas las formas del ser percibido que conforma el ser social conocido, visible, famoso, afamado, querido, son expresiones de algo trascendente a la cotidianidad del vivir, pero afianzadas en ella.

Una vez establecido lo anterior, regreso a las dominaciones con la posterior hipótesis. Las expectativas colectivas, o potencialidades objetivas, es decir, los objetos sobre los cuales reflexiona el investigador social, están inscritas en el entorno familiar, bajo la forma de la oposición entre el universo público, masculino, y el mundo privado, femenino, entre la plaza pública y la casa. Y sobre todo en las estructuras sexualizadas para dividir el trabajo, donde la autoridad recae casi siempre en un hombre, quien ejerce un mandato paternalista, no carente de cierto grado afectivo y de seducción hacia el subalterno femenino. Viéndolo en detalle, aquí está operando, consciente o inconscientemente, una lógica que intenta defender el “espacio propiamente masculino”, para mantener a las mujeres al margen; pero también puede entenderse como una forma de desconocimiento y temor hacia las potencialidades femeninas y a la pérdida del poder de los hombres.

Si se pone atención, lo primordial de esto es el tipo de dominación que está en juego. Por tal motivo, empezaré por exponer la dominación simbólica, la cual opera, esencialmente, en el ámbito discursivo, llamémosle imaginario colectivo; lo importante es precisar que no puede prescindir de un bagaje lingüístico, por medio del cual se expla-

ye en las estructuras fundamentales de los seres humanos, hasta construirles visiones del mundo y de la realidad, acordes con proyectos de vida y de actitud ante los otros.

Contémplesse que la creación de un orden que responda a las perspectivas de la falocracia, se sustenta en un discurso tendiente a negar el coeficiente simbólico de las mujeres; es decir, por medio del lenguaje y de los códigos lingüísticos, se violenta la percepción de la realidad de las mujeres. La dominación simbólica entra al inconsciente femenino por la codificación de los signos verbales que le otorgan un lugar, una pertenencia, un quehacer y hasta un *ser*, desde un conjunto de principios sistemáticos de diferenciación y oposición con respecto a “lo propiamente masculino”.

Por su parte, en la dominación real se experimenta un tránsito de lo discursivo a lo sensible de la vida cotidiana (podemos hablar de una materialización de los discursos), esto es, los esquemas, en sus génesis verbales, que son producto de la dominación, se legitiman por el reconocimiento tácito o expreso en las instituciones del Estado, generando con ello actos de conocimiento y de reconocimiento hacia la sumisión de un tercero. Esto se evidencia en las estructuras divisorias y determinantes de las funciones para los individuos, las cuales se apoyan en cuatro principios prácticos:

1. Las funciones adecuadas para las mujeres son una prolongación de las funciones domésticas.
2. Una mujer no puede tener autoridad sobre unos hombres, sólo le queda verse postergada a funciones subordinadas de asistencia.
3. El hombre tiene el monopolio del poder, de la manipulación de los objetos técnicos y de las máquinas.
4. Las mujeres devienen en el medio de intercambio que permite acumular a los hombres el capital social y el capital simbólico por medio de los matrimonios, pues son las encargadas de reproducir el capital simbólico de la familia.

Tales puntos se *institucionalizan* como *espacios de acción* para hombres y mujeres, y así, la “institucionalización” de los espacios para ambos sexos tiene un movimiento similar al de las “dominaciones”, pues primero se acepta como una *ley enunciada* por el patriarca, quien

decide cómo ha de funcionar la familia, la comunidad o la sociedad, dependiendo del poder que detente. Posteriormente, se conforma en *ley estatuida* por un consenso para normar el comportamiento de los seres humanos, siempre desde la óptica masculina: lo público para el *sexo fuerte*, lo privado para el *sexo débil*.

La crítica a las anteriores “máximas” se orienta hacia la precomprensión de la cual se está partiendo; se da por hecho que lo que se dice *necesariamente* se cumple en la realidad, pero la verticalidad operante en los principios anotados: del *habla* del patriarca hacia los individuos, en tanto lenguaje materializado, está confirmando la cancelación de cualquier refutación o toma de posición para exponer la inconsistencia de tales aseveraciones.

Evidentemente que el comportamiento de las mujeres, fuera o dentro de los espacios de acción social, está subsumido en un discurso que las llama al *orden*, establecido en línea recta de acuerdo con el parecer del *patriarca*. Los roles para hombres y mujeres son el producto de una relación histórica de diferenciación, impregnada de conminaciones constantes, silenciosas e invisibles, pero no por ello carentes de arbitrariedad y de connotaciones sexuales, Bourdieu argumenta:

[...] lo que se impone a través de cierta definición social de la masculinidad (y, por definición, de la feminidad), es una mitología política que gobierna todas las experiencias corporales, empezando por las experiencias sexuales mismas. Así, la oposición entre la sexualidad masculina, pública y sublimada, y la sexualidad femenina, secreta y, si se quiere “alienada” (por referencia a la “utopía de la genitalidad universal”, es decir, de la “plena reciprocidad orgásmica”), no es más que una especificación de la oposición entre la extraversión de la política o de la religión pública y la introversión de la magia privada, arma vergonzosa y secreta de dominados, constituida en lo esencial por ritos destinados a domesticar a los hombres (Bourdieu, 1991:134).

Es pertinente aclarar que en este proceso, la masculinidad está emparentada con una nobleza, razón por la cual los hombres no realizan ciertas actividades consideradas específicamente femeninas, y si lo hacen no salen al *espacio público*. Aunado a esto, se piensa en la excelencia como algo masculino, y es por ello que los puestos importantes en el nivel institucional están hechos a la medida del varón.

La reproducción del lenguaje

Los productos simbólicos, junto con el capital simbólico (representado por los herederos directos del padre de familia, quien deposita en la madre la perpetuación del mismo), con los cuales se relacionan los seres humanos, han adquirido el carácter de “naturales” desde el habla cotidiana, pero al analizar la estructura de las expresiones con las cuales se califica, define o se hace referencia a hombres y mujeres en tanto seres sociales, se pone en evidencia la operatividad lingüística y la carga semántica de las palabras dentro de sus condiciones sociales de producción y de utilización, es decir, los contextos desde los cuales *se habla*.⁸

Debemos considerar que una de las características funcionales de la lengua es su naturaleza social y la heterogenidad que la compone; la utilización y las condiciones materiales de producción y circulación son las premisas para la reproducción del lenguaje, que no depende de una suerte de *epojé* de lo social, ni de la plena contemplación de su pureza formal. Bourdieu precisa:

En todo caso, la puesta entre paréntesis de lo social que permite tratar la lengua u otro objeto simbólico como finalidad sin fin, ha contribuido no poco al éxito de la lingüística estructuralista, otorgando el encanto de un juego intrascendente a los ejercicios “puros” de un análisis puramente interno y formal (Bourdieu, 1985:7).

A Bourdieu le interesa mostrar que por muy legítimo que sea tratar las relaciones sociales, y las propias relaciones de dominación, como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento, no basta con quedarse en este nivel,

⁸ Carlos Lomas realiza la siguiente observación: “En el ámbito de la lingüística abundan los estudios orientados a analizar cómo la gramática, el léxico y los usos lingüísticos, en su calidad de espejos simbólicos de una cultura androcéntrica, contribuyen a la desigualdad socio-cultural de las mujeres, al mantenimiento de la hegemonía masculina, a la construcción de los estereotipos sexuales y a la ocultación de lo femenino en el escenario de las palabras”. Evidentemente los estudios sobre la lengua desembocan en la construcción cultural de las identidades masculina y femenina, porque atañen a la “conexión entre las lenguas y quienes las hablan, entre los usos lingüísticos de unas y otros y las formas de vida asociadas convencionalmente a las mujeres y a los hombres” (Lomas, 1999:13).

sino que no hay que olvidar que esas relaciones de comunicación, por excelencia, que son los intercambios lingüísticos, son, además, relaciones de poder y violencia simbólica donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los *hablantes* y los respectivos grupos en los que se inscriben. Ya que:

[...] la forma por antonomasia de la violencia simbólica es el *poder* que [...] se ejerce *por medio de las vías de la comunicación racional*, es decir, con la adhesión (forzada) de aquellos que, por ser los productos dominados de un orden dominado por las fuerzas que se amparan en la razón [...], no tienen más remedio que otorgar su consentimiento a la arbitrariedad de la fuerza racionalizada (Bourdieu, 1999:112).

Ahora bien, con respecto a los múltiples sentidos plausibles de formarse con el lenguaje, y su consecuente materialización en los discursos, debemos partir de que la gramática sólo define muy parcialmente el sentido, pero la determinación completa de la significación del discurso se produce en la relación con un “mercado parlante”. Una parte de las determinaciones que constituyen la definición práctica del sentido, y no la menor, se produce en el discurso automáticamente y desde fuera. El origen del sentido objetivo que se engendra en la circulación lingüística hay que buscarlo, primordialmente, en el valor distintivo resultante de la relación actuada por los *hablantes*, consciente o inconscientemente, entre el producto lingüístico ofrecido por un *locutor* social caracterizado, y los productos simultáneamente propuestos en un determinado espacio social.

Por lo anterior, la existencia y circulación de los discursos presupone la existencia de sujetos que perciben, dotados de las disposiciones diacríticas que permiten hacer distinciones entre diferentes formas de hablar, y agentes portadores de esquemas de percepción y de apreciación, que ayudan a constituir las en un conjunto de diferencias sistemáticas, sincréticamente aprehendidas, y después estructuradas en los discursos. Pues:

Lo que circula en el mercado lingüístico no es “la lengua”, sino discursos estilísticamente caracterizados, discursos que se colocan a la vez del lado de la producción, en la medida en que cada locutor se hace un idiolecto con la lengua común, y del lado de la recepción, en la medida en que ca-

da receptor contribuye a *producir* el mensaje que percibe introduciendo en él todo lo que constituye su experiencia singular y colectiva (Bourdieu, 1985:13).

Sucede también que el producto lingüístico sólo se realiza completamente como mensaje cuando es tratado como tal, es decir, cuando es descifrado. Asimismo, los esquemas de interpretación que los receptores ponen en práctica en su apropiación creadora del producto propuesto, pueden estar más o menos alejados de los que han orientado la producción. A través de esos efectos, inevitables, el *mercado verbal* contribuye a crear no sólo el valor simbólico sino también el sentido del discurso; dando pie a la materialización del lenguaje, cuya puesta en práctica se corrobora en los discursos que forjan el hacer y el sustentarse de la vida social de hombres y mujeres. Aquí se puede hablar de un desplazamiento formal del lenguaje cotidiano hacia la normativización de los discursos en la gramática operante, reguladora de la sociedad.

Pero conviene aclarar que lo que se materializa son las enunciaciones masculinas, puesto que pareciera que éstas son verificables por sí mismas, en el sentido literal de la palabra, es decir, de hacerse verdaderas, sea porque actúan como órdenes, bendiciones o maldiciones que hacen que suceda lo que enuncian, o bien, porque enuncian pura y simplemente lo que se formula en sus signos, accesibles sólo para el hablante masculino, quien es capaz de “dar razón” al mundo, de establecer leyes de la razón y la experiencia, en enunciados a un tiempo racionales y razonables de la ciencia y de la sabiduría.⁹ Bourdieu lo ejemplifica con su referencia a los detentadores del monopolio de la violencia simbólica legítima: los padres:

Las palabras paternas tienen un efecto mágico de constitución, de nominación creadora, porque se dirigen directamente al cuerpo [...] La palabra

⁹ Conviene aclarar que hay un vínculo entre “dominación masculina” y *¿Qué significa hablar?*, dado por la utilización del lenguaje, pues las tesis del libro permiten ver de qué manera el lenguaje tiene otras cargas o connotaciones semánticas, más allá de las plenamente gramaticales, es decir, posibilitan asirse a principios del uso y función del lenguaje, en el espacio público y privado, para ver cómo podrían ayudar a desentramar el sentido del discurso y lenguaje patriarcal, operante en la sociedad tipo, la Cabilia, analizada por Bourdieu.

paterna nunca es tan terrible en su despiadada apelación como cuando se sitúa en la lógica de la predicción profiláctica, que sólo anuncia el temible futuro para exorcizarlo [...] (Bourdieu, 1998:78).

No perdamos de vista que los sujetos, al igual que las producciones culturales, se forman y conforman por las distintas significaciones verbales que oscilan en su interior, y que se estatuyen por el uso del lenguaje desde el ámbito social e individual, objetivo y subjetivo. De acuerdo con esto, hombres y mujeres necesitan de un horizonte lingüístico para formular concepciones de la realidad que su lenguaje les significa o simboliza. Podemos decir que gracias al lenguaje se crea la subjetividad, y en el estudio de Bourdieu, la forma de pensar de los hombres, llamémosles “dominadores”, se caracteriza por creer que son capaces de hacer que se reconozca como universal su manera de ser particular, es decir, tienden a generalizar las normas con las que se valora a las mujeres y a darles un estatuto casi de necesidad y universalidad. La palabra paterna constituye, crea, está investida de autoridad, y “la autoridad es siempre percibida como una propiedad de la persona, porque la violencia suave exige de aquél sobre el que se ejerce que *se entregue por entero*” (Bourdieu, 1991:216), porque se dirige directamente a la conciencia y al cuerpo. Asimismo, en la enunciación masculina pareciera haber rasgos notables de decir la *verdad*, de acuerdo con la lógica falocrática, siendo ésta casi patrimonio del pensar masculino. Y con esto se devela la “violencia simbólica” operante en los estratos sociales, entendida como el poder de imponer la vigencia de un significado a otros, por medio de la colocación de signos, o sea, por la simbolización, con el efecto de que esas otras personas se identifiquen a sí mismas con el significado allí afirmado (Bourdieu y Passeron, 1981; Jenkins, 1996:102-127). Obviamente los significados cobran validez porque están constituidos desde una jerarquía de valores y por la materialización de los signos en los discursos operantes en la sociedad, los cuales siempre albergan una orientación de los individuos.¹⁰

¹⁰ Aclaremos que los símbolos que hacen posible la *orden* y cuya observancia incluye la dominación, no se libran de las experiencias primarias pre-predicativas, es decir, de las representaciones predominantes en el sujeto, configuradas según las experiencias originarias de claro y oscuro, dentro y fuera, arriba y abajo; en tanto que coordinadoras de las impresiones sensoriales, están vinculadas a la percepción y comunicación. Asimismo,

Esto nos lleva al conocimiento del “otro”, y en la presente investigación el “otro” son las mujeres; el cual parte de una pre-comprensión, es decir, de estructuras ya asimiladas y concebidas como “naturales” (en la sociedad patriarcal),¹¹ para llegar a una *justificación* del estado de cosas: los hombres son “superiores con respecto a las mujeres” y tienen el *derecho* de establecer roles y adjudicar valores según su sentir y parecer. En concordancia con esto, es factible hablar de una mirada hacia el “otro” que crea un saber, esto es, las mujeres se vuelven objeto de conocimiento y, por lo tanto, se les puede manipular. Bourdieu sentencia:

[...] la mirada no es un mero poder universal y abstracto de objetivación, como pretende Sartre; es un poder simbólico cuya eficacia depende de la posición relativa del que percibe y del que es percibido o del grado en que los esquemas de percepción y de apreciación practicados son conocidos y reconocidos por aquél al que se le aplican (Bourdieu, 1998:71-72).

Ahora bien, la construcción de la imagen de sí y del mundo, al igual que de lo masculino y de lo femenino, del mundo social y simbólico, está inserto en una mitología política que gobierna las experiencias corporales, laborales, sexuales e intelectuales, desde las cuales se relacionan los individuos.

En este contexto, el conocimiento del “otro” depende de las condiciones sociales actuantes, que contribuyen a hacer de la experiencia femenina del cuerpo el límite de la experiencia universal del cuerpo-para-otro, incesantemente expuesta a la objetividad operada por la mirada y el discurso falonarcista. “Y las oposiciones inscritas en la estructura social de los ámbitos sirven de soporte a unas estructuras cognitivas, y a unas taxonomías prácticas, a menudo registradas en

“por naturaleza, el sujeto es uno con sus signos, pues, con la facultad designadora, se da la experiencia del propio ser, su integridad” (Pross, 1980).

¹¹ Cuando en este trabajo se alude a estructuras, obviamente el marco referencial es el estructuralismo de corte antropológico de Claude Lévi-Strauss, quien en la década de los cincuenta del siglo XX lo empezó a utilizar para estudiar el mito, y llegó a la conclusión de que como el resto del lenguaje, está formado por unidades constituyentes que deben ser identificadas, aisladas y relacionadas con una amplia red de significados. Para una precisión más detallada sobre esta vertiente y otras aplicaciones del estructuralismo, confróntese su libro *El pensamiento salvaje* (Lévi-Strauss, 1992) Recordemos que Bourdieu fue seducido por el modelo prestigioso de este antropólogo.

unos sistemas de adjetivos, que permiten producir unas valoraciones éticas, estéticas y cognitivas” (Bourdieu, 1998:112).

El lenguaje y el poder

El mundo social está sembrado de *llamadas al orden*, que sólo funcionan como tales para los individuos predispuestos a percibirlos, pues ponen en funcionamiento disposiciones corporales profundamente arraigadas sin pasar por las vías de la conciencia y el cálculo. Y así, la sumisión al orden establecido es fruto del acuerdo entre las estructuras cognitivas que la historia colectiva (filogénesis) y la individual (ontogénesis) han inscrito en los cuerpos y las estructuras objetivas del mundo al que se aplica: si la evidencia de los preceptos del Estado se impone con tanta fuerza, es porque ha impuesto las estructuras cognitivas según las cuales es percibido. Pero Bourdieu aclara:

El Estado no necesita por fuerza dar órdenes, ni ejercer una coerción física, o disciplinaria, para producir un mundo social ordenado, al menos mientras esté en condiciones de producir estructuras cognoscitivas incorporadas que se ajusten a las estructuras objetivas y garantizar así la sumisión dóxica al orden establecido (Bourdieu, 1999:235).

Lo simbólico, puntualicemos, está definido en un triple sistema de oposiciones; es entendido como actividad de construcción cognoscitiva (sentido) en oposición a acción política de transformación, de conservación de lo real (fuerza), como subjetivo (representación) en oposición a objetivo (estructura) y, por último, como modo de excelencia (humana personal) en oposición al valor mercantil (economía).

Con base en lo anterior, y de acuerdo con lo hasta aquí expuesto, es obvio que el poder necesita de un lenguaje para ejercerse, es decir, para poner en práctica la dominación, la cual opera fundamentalmente en el ámbito discursivo, llamémosle imaginario colectivo. Pues:

[En la medida en que] la socialización diferencial dispone a los hombres a amar los juegos de poder y a las mujeres a amar a los hombres que juegan, el carisma masculino es, por una parte, la fascinación del poder, la seducción que ejerce la posesión del poder, por sí misma, sobre los

cuerpos cuyas pulsiones e incluso cuyos deseos están políticamente socializados (Bourdieu, 1998:86-87).

Lo importante es señalar que el poder no puede prescindir de un bagaje lingüístico, por medio del cual se expone en las estructuras fundamentales de los seres humanos hasta construirles visiones del mundo y de la realidad, acordes con proyectos de vida y de actitud ante los otros.

Contémplese que la creación de un orden que responda a las perspectivas de la falocracia, se sustenta en un discurso que tiende a negar el coeficiente simbólico de las mujeres, es decir, por medio del lenguaje y de los códigos lingüísticos, se violenta la percepción de la realidad de las mujeres. El poder tiende a la dominación simbólica, la cual entra al inconsciente de hombres y mujeres gracias a la codificación de los signos verbales que le otorgan un lugar, una pertenencia, un quehacer y hasta un *ser*, desde un conjunto de principios sistemáticos de diferenciación y oposición con respecto a “lo propiamente masculino”. Y todo ello implica una formalización y aceptación del uso del lenguaje en los distintos espacios instituidos para el intercambio simbólico-verbal.

Ahora bien, la normativización o los preceptos se dan desde un lenguaje asimilado con anterioridad, o sea, en ellos ya se experimentó el tránsito de la referencia y el significado hacia la *comprensión* del funcionamiento y las connotaciones filosóficas, políticas, éticas, genéricas, sexistas, entre otras, que el lenguaje tiene en la sociedad. Cabe mencionar que se emiten y prescriben desde una élite de poder y mando, generalmente encabezada por hombres, hacia los individuos que componen la sociedad, o hacia el “capital humano” sobre el que actuarán. Téngase en cuenta que al aplicarse “por igual” cierto cuerpo normativo, se está haciendo una abstracción de las personas, y sólo se está tomando en cuenta la operatividad y la racionalidad de las prescripciones.¹² Siendo lo anterior uno de los mecanismos por los cuales

¹² Tengamos claro que “racionalidad” se opone a “Razón”, concepto plenamente cartesiano. La racionalidad funge como un proceso operativo dentro de los distintos espacios sociales, al interior de los cuales se presentan verdades contextuales. Y esto se opone a “Razón”, que en tanto parámetro teleológico del conocimiento, tendía hacia una “Verdad”. La formulación sobre los tipos de racionalidad (formal, material, de acuerdo con fines) operante en una sociedad, fue uno de los aportes de Max Weber a la sociología y a

se institucionaliza el “lenguaje masculino” en espacios como la familia, la Iglesia, la escuela, y las demás instituciones del Estado,¹³ y a partir de ahí se disemina en todo el cuerpo social. Bourdieu aludirá a un orden simbólico, el cual: “se basa en la imposición al conjunto de los agentes de estructuras estructurantes que deben parte de su consistencia y su resistencia al hecho de que son, en apariencia, al menos, coherentes y sistemáticas, y se ajustan a las estructuras objetivas del mundo social” (Bourdieu, 1999:232). Pero este ajuste inmediato y tácito, fundamenta la relación de sumisión que nos liga a un orden establecido mediante las ataduras del inconsciente. Donde la dominación tiene siempre una magnitud simbólica, y los actos de sumisión y obediencia, son actos de conocimiento y reconocimiento que, como tales, recurren a estructuras cognitivas, susceptibles de ser aplicadas a los distintos fenómenos a nuestro alcance.

Por ello, cuando se habla en cualquier situación y sobre un tema en específico con otra persona, se ponen en práctica los contextos desde los cuales nos damos a entender e intentamos comprender el sentido del discurso del interlocutor. Esto sólo es el preámbulo de los distintos elementos de análisis imprescindibles en el intercambio verbal, pero aunado a ello está la carga semántica de las palabras que forman parte del mensaje; esto nos da la pauta para reflexionar sobre las posibles dimensiones del uso del lenguaje en un mundo interrelacionado por espacios simbólicos.

Y así, se evidencia más fácil la carga ética y política de los términos utilizados en los diálogos y discursos sociales. Lo que lleva a admitir que todo lenguaje, desde la perspectiva abordada en esta investiga-

la filosofía de las ciencias sociales, y evidentemente Pierre Bourdieu leyó al sociólogo alemán e incorporó parte de sus tesis en sus investigaciones. Para tener una precisión sobre el funcionamiento e importancia de las formas de racionalidad; véase Weber (1998). Por su parte, en las obras del pensador francés en estudio, la racionalidad se contempla como la forma de sistematizar los procedimientos mediante los cuales se determinan funciones, lugares y creencias, es decir, se transmuta en una técnica para ordenar todos los ámbitos de acción del ser humano (Bourdieu, 1981, 1991, 1998).

¹³ Esta caracterización espacial y funcional se inscribe dentro del pensamiento de Michel Foucault, quien nos habla de “espacios de racionalidad” (la escuela, la medicina, la Iglesia, la familia, las instituciones del Estado), en donde se construye la subjetividad de los sujetos, sustentados en un cuerpo discursivo cuya finalidad es objetivar el comportamiento de los individuos para atarlos a un poder y a la vez crear un saber sobre ellos (Foucault, 1988).

ción, tiene la intencionalidad o “direccionalidad” de imponer cierta visión a los seres y objetos, pero en el transcurso de la “llegada al objetivo” se cuelean y escapan matices éticos y políticos en el engranaje gramatical.

En esta puesta en escena teórico-práctica del lenguaje satinado de poder, la denotación representa la parte estable común a todos los locutores; y la connotación reenvía a la singularidad de las experiencias individuales, lo que quiere decir que ésta se constituye en una relación socialmente caracterizada donde los receptores ponen en juego la diversidad de sus instrumentos de apropiación simbólica, de resemantización ética o política de las palabras.

Desconstrucción del discurso patriarcal

Una de las vías para deconstruir el discurso patriarcal, deshistoricizarlo, la propone el mismo Bourdieu en *La domination masculine*, al abogar por una deshistoricización (*il faut reconstruire l'histoire du travail historique de déshistoricisation* [...]), teniendo como presupuesto que la investigación histórica no se limite a describir las transformaciones en el transcurso del tiempo de la condición de las mujeres,¹⁴ o la relación entre los sexos en las diferentes épocas, sino que establezca, en cada periodo, el estado del sistema de los agentes y de las instituciones, la familia, la Iglesia, el Estado, la escuela, que, con pesos y medios diferentes en los distintos momentos, han contribuido a aislar de la historia las relaciones de dominación masculina, pues:

El auténtico objeto de una historia de las relaciones entre los sexos es, por tanto, la historia de las combinaciones sucesivas [...] de mecanismos estructurales (como los que aseguran la reproducción de la división sexual del trabajo) y de estrategias que, a través de las instituciones y de los agen-

¹⁴ Joan W. Scott tiene una apreciación similar al concebir a la categoría género y a la metodología implícita que conlleva, como la forma más idónea para romper con la *historia* narrada por los hombres, que olvida la historia de las mujeres o las coloca al margen, y estipula que “la inclusión de las mujeres en la historia implica necesariamente la redefinición y ampliación de las nociones tradicionales del significado histórico, de modo que abarque la experiencia personal y subjetiva lo mismo que las actividades públicas y políticas” (Scott, 1997b:267).

res singulares, han perpetuado, en el transcurso de una larguísima historia, y a veces a costa de cambios reales o aparentes, la estructura de las relaciones de dominación entre los sexos (Bourdieu, 1998:91).

Esto implicaría que la auténtica comprensión entre los sexos pasaría por un análisis de las transformaciones de los mecanismos y de las instituciones encargadas de garantizar la perpetuación del orden de los sexos, como lo son la familia, el Estado, la Iglesia y la escuela, las cuales actúan de una u otra forma para moldear las estructuras inconscientes de hombres y mujeres. La familia se vale del lenguaje para reproducir la visión masculina. La Iglesia se apoya en los valores patriarcales y el simbolismo de los textos sagrados para justificar la jerarquía en la familia, donde la mujer ocupa un lugar de acuerdo con la autoridad del padre. La escuela transmite los presupuestos de la representación patriarcal y las estructuras jerárquicas impregnadas de connotaciones sexuales, patentes en sus facultades y disciplinas. El Estado, en tanto que ratifica e incrementa las prescripciones y las proscripciones del patriarcado privado con las de un patriarcado público, inscrito en todas las instituciones encargadas de gestionar y de regular la existencia cotidiana de la unidad doméstica, inscribe en el derecho de la familia los principios fundamentales del imaginario androcéntrico; es decir, reproduce las estructuras que lo sustentan en cuanto a la división arquetípica de lo masculino y lo femenino.

Otra instancia que ayuda a romper la hegemonía del discurso patriarcal, en tanto “formador de conciencias”, es el progreso de las mujeres en el nivel educativo, pues ello las dota de los instrumentos teóricos para criticar el estado de cosas en el que se encuentran inmersas, pero siguen estando excluidas, casi infaliblemente, de los juegos de poder y de las perspectivas de ascenso a los cargos directivos. Bourdieu afirma:

Los hombres siguen dominando el espacio público y el campo del poder (especialmente económico, sobre la producción) mientras que las mujeres permanecen entregadas (de manera predominante) al espacio privado (doméstico, espacio de la reproducción), donde se perpetúa la lógica de la economía de los bienes simbólicos, o en aquellos tipos de extensiones de ese espacio llamados servicios sociales (hospitalarios especialmente) y educativos o también en los universos de producción simbólica (espacio literario, artístico o periodístico, etc.) (Bourdieu, 1998:101).

El segundo sustento teórico para la posible desconstrucción nos lo proporciona la teoría literaria. A finales de la primera mitad del siglo XX, el estructuralismo (vertiente de la teoría literaria) influyó de manera determinante en varias disciplinas del saber humano, tales como la literatura, la filosofía, el psicoanálisis, la antropología, la sociología, y en los nacientes estudios de género, en especial porque hacía a un lado todos los matices personalistas y románticos que presuponían a un *Sujeto* como el dador de sentido dentro de los distintos discursos puestos en juego en los quehaceres humanos, al enfocar sus investigaciones en la estructura y el funcionamiento del lenguaje. Esta corriente intelectual trató de establecer una base, lo más científica posible, teniendo como sustento la idea de sistema como entidad total que se regulaba a sí misma y que podía adaptarse a nuevas condiciones, transformando sus características, pero conservando su estructura sistémica (Scholes, 1981).

Este hecho propició la pérdida de la concepción de un *sujeto* regulador y dador de sentido, de corte cartesiano, y trastocó las distintas epistemes que estaban en boga, obligándolas a replantearse sus presupuestos. Y para el análisis en desarrollo son relevantes los aportes de Roland Barthes y de Michel Foucault sobre el autor, equiparado con el *sujeto*. El primero nos habla de la muerte del autor-sujeto, al mostrar cómo la lengua literaria no es producto de un individuo concreto, creador de unos signos precisos, sino que es el propio lenguaje el portador de múltiples significados, autogenerador de su referencialidad y cuya naturaleza consiste en “ser por sí mismo” (Barthes, 1987). El filósofo, por su parte, considera al autor-sujeto no como el individuo que habla y que ha pronunciado un texto, sino como un principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia, es decir, no es más que un simple elemento de un discurso, una función clasificatoria sin tintes fundadores, una función variable y compleja del discurso (Foucault, 1977). Bourdieu expresa algo sobre los significados que bien se relaciona con lo anotado hasta este momento:

La selección de significados que define objetivamente la cultura de un grupo o de una clase como sistema simbólico es arbitraria en tanto que la estructura y las funciones de esta cultura no pueden deducirse de ningún principio universal, físico, biológico o espiritual, puesto que no están uni-

das por ningún tipo de relación interna a la “naturaleza de las cosas” o a una “naturaleza humana” (Bourdieu, 1981:48).

Obviamente lo anterior tiene que ver con el discurso patriarcal que ha permeado las actividades de los seres humanos en Occidente, cuyo centro es un sujeto desde el cual se enuncia “lo que se debe o no hacer”, teniendo como figura primordial al *sujeto-patriarca*. Pero con base en lo anotado líneas arriba, de acuerdo con el desarrollo de la cultura, y teniendo en cuenta los replanteamientos de la filosofía y las teorías de la diferencia sexual con respecto a sus objetos de estudio, ya no es pertinente hablar de un *Sujeto*, identificado con el *Hombre*, sino de visiones del mundo desde los posicionamientos ético-políticos de los hombres y las mujeres, insertos en una nueva realidad discursiva generada por las distintas concepciones del saber.

En cuanto a la perspectiva de género, comencemos por precisar que la categoría género pone en cuestión la idea de “lo natural” para los hombres y las mujeres en tanto seres sociales, políticos y culturales, es decir, no se queda en una descripción biológica, sino que va hacia el orden simbólico, a los procesos de diferenciación, dominación y subordinación que han constituido a la sociedad desde un imaginario colectivo: el patriarcal. Y permite transformar, discursivamente, las estructuras que han formado a los individuos. En este tenor, se pronuncia Carlos Lomas¹⁵ (1999):

1. Las sociedades actuales viven en un momento histórico-político favorable para la disgregación de los resabios del patriarcado.
2. La introducción de una mirada de la diferencia sexual en los estudios de las ciencias sociales y las humanidades ha ensanchado

¹⁵ El aporte conceptual de Lomas, dentro de la argumentación desarrollada en este trabajo sobre Bourdieu, permite matizar desde dónde sería plausible criticar o deconstruir el discurso patriarcal. Obviamente los objetos de estudio y los elementos conceptuales y categoriales, en ambos investigadores, son distintos; el francés opera desde la filosofía, la etnología y una percepción muy particular de la sociología y el lenguaje que permite explicar los hechos sociales; el español parte del legado teórico del feminismo de la segunda mitad del siglo XX, que tiene que ver con una toma de posición, que es ética y política, con respecto a los problemas de la equidad entre hombres y mujeres, y su trasfondo teórico son los estudios culturales y la literatura escrita por mujeres. En concreto, la sistematización de Lomas sirve para ejemplificar el aporte de otras disciplinas a un “problema particular”: los vestigios del lenguaje patriarcal y su “materialización” en las actividades y funciones de los seres humanos socialmente constituidos.

el campo semántico del lenguaje androcéntrico y ha puesto en evidencia sus limitantes “teóricas”.

3. La política de la diferencia sexual ha partido de la toma de conciencia de las mujeres para arribar a una transformación simbólica, y a una reinterpretación del mundo. Y esto tiene que ver con una cuestión de modificación del lenguaje, de creación de un simbólico que se mueve libre desde la diferencia sexual y forma nuevos sentidos para hombres y mujeres, sin excluir a unos o a otras.
4. El nuevo acercamiento al mundo, desde el hablar y el actuar, implica un replanteamiento del sentido de las palabras, no sólo para crear discursos que configuren su devenir y el de los humanos, sino que necesariamente subyace en él una reconfiguración desde la dupla pensamiento y deseo, que echa por tierra los estereotipos del lenguaje feminizado y masculinizado.

En conjunción con esto, el posicionamiento ético y político, desde la esfera de las tesis de la diferencia sexual y los estudios de género, posibilita la crítica y desconstrucción del discurso falocrático, tesis que no se limitan a buscar la igualdad entre hombres y mujeres, sino que abogan por la equidad, e implican un reconocimiento de las diferencias genéricas y sexuales, y ponen en entredicho el lugar de los hombres y las mujeres en la sociedad, cuando pervive un trasfondo dominante.

Conclusión

Si bien Pierre Bourdieu analiza la sociedad de la Cabília, esto no quiere decir que los hechos contemplados necesariamente se cumplan a cabalidad en todas las sociedades de Occidente, lo relevante, en términos formales, es el modelo explicativo del pensador francés con el cual da cuenta de una realidad en apariencia lejana a la nuestra, pero que bien vista conserva mecanismos que operan en esta parte del mundo, obviamente ya matizados por un discurso que intenta resemantizarlos, pero que deja intacta la esencia: *justificar* la dominación de los hombres sobre las mujeres.

Ahora bien, las estructuras cognitivas en *La domination masculine*, así como el aporte teórico con respecto a los objetos simbólicos y al poder detrás del discurso patriarcal, parecen responder al siguiente esquema:

1. Hombres y mujeres están dentro del objeto a delimitar, pero éste depende de estructuras históricas de orden masculino, lo que forja la imagen de un círculo en donde está la dominación masculina *versus* un modo de pensar contrario a ella, pero que es producto de los pliegues de su espacio.
2. Las estructuras se apoyan en una coherencia práctica, y ésta, a su vez, necesita de una racionalización y unos discursos, pero los cuatro elementos están insertos en la visión falonarcisista hacia hombres y mujeres, y hacia el acontecer social y político; y nuevamente aquí hay una esfera que los amalgama: la cosmogonía androcéntrica.
3. La objetivización, con respecto a los distintos factores que aborda Bourdieu, como la sexualidad, las oposiciones binarias, la división del trabajo, lo simbólico, el inconsciente, la legitimación de los roles por la pertenencia sexual, se enfrenta al problema de dar razones “científicas” sobre su quehacer; es decir, mostrar los mecanismos por los cuales la reflexión trasciende lo meramente especulativo y se adentra en la exploración de los conceptos y categorías que regulan el entendimiento en cuanto a los temas vislumbrados.

Para sortear estas vertientes, Bourdieu toma elementos teóricos, conceptuales y categoriales de la sociología, la antropología, la filosofía y la psicología política, y arma un sistema explicativo para dar respuesta a los distintos problemas que se le presentan. Podría decirse que amplía la concepción tradicional de epistemología para llegar a los engranajes cognoscitivos más sutiles que regulan el mundo social de la Cabília.

Por su parte, el lenguaje, si bien permite la creación de conceptos y sistemas de pensamiento, también posibilita la circulación y “asimilación” de prejuicios entre los hablantes que comparten cierto marco lingüístico y contextos histórico-políticos particulares. Esta aseveración es constatable en cualquier análisis formal del uso del lenguaje,

ya sea desde la sociología, la antropología, la filosofía o la teoría del lenguaje. Con esto quiero dar a entender que hay deslices verbales en la transmisión de ideas, que no necesariamente se orientan hacia el objetivo específico que se persigue en una comunicación, y tales deslices se explayan en diferentes sentidos.

Lo anterior funciona como el presupuesto desde el cual es pertinente replantear la utilización del lenguaje cuando se alude a *la mujer* o *al hombre*, esto es, los propios términos han perdido la referencialidad que supuestamente implicaban en la cultura occidental-patriarcal, en la cual, cuando se emitían tales palabras eran evidentes las connotaciones sexistas, de poder y mando, o de sumisión, dependiendo del objetivo del discurso en el cual estaban insertos. Ahora, gracias a los aportes conceptuales, políticos y éticos de las teorías de género y de la diferencia sexual, las palabras han adquirido nuevos sentidos para dar razón del quehacer de los hombres y las mujeres en las distintas esferas de la sociedad, y desde posiciones críticas con respecto a los matices semánticos de los discursos que permiten la comunicación y la formación del saber.

Conjuntamente, un análisis conceptual del uso del lenguaje, desde el contexto de la presente investigación, permite ver que lo que está en juego, además de las estructuras, la coherencia práctica, los discursos, y la visión falonarcisista, es el desplazamiento formal, la racionalidad e institucionalización del lenguaje una vez materializado en los discursos, los cuales no tienen un significado único, sino una multiplicidad de referencias de acuerdo con las palabras que en él intervienen, hecho que posibilita una crítica al interior del mismo.

Bibliografía

Alexander, Jeffrey

2001 “La subjetivación de la fuerza objetiva: el *habitus*”, Jorge Issa, trad., en *Iztapalapa*, núm. 50, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 53-72.

Badcock, C.R.

1983 *Lévi-Strauss: el estructuralismo y la teoría sociológica*, Juan Almela, trad., Fondo de Cultura Económica, México.

- Barthes, Roland
 1987 “La muerte del autor”, en C. Fernández Medrano, trad., *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Paidós, Barcelona, pp. 65-71.
- Bourdieu, Pierre
 2000 *Capital cultural, escuela y espacio social*, Isabel Jiménez, comp. y trad., Siglo XXI, México.
 1998 *La domination masculine*, Seuil, Paris.
 1972 *Esquisse d'une Théorie de la Pratique*, Librairie Droz, Genève.
 1999 *Meditaciones pascalianas*, Thomas Kauf, trad., Anagrama, Barcelona.
 2000 *La miseria del mundo*, Horacio Pons, trad., Fondo de Cultura Económica, Argentina.
 1985 *¿Qué significa hablar?*, Akal, Madrid.
 1984 *Questions de sociologie*, Les Éditions de Minuit, Paris.
 1991 *El sentido práctico*, Álvaro Pazos, trad., Taurus, Madrid.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron
 1981 *La reproducción*, E.L., trad., Laia, Barcelona.
- Cassirer, Ernst
 1993 *Las ciencias de la cultura*, Wenceslao Roces, trad., Fondo de Cultura Económica, México.
- Conway, Jill K. *et al.*
 1997a “El concepto de género”, en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Foucault, Michel
 1977 *L'ordre du discours*, Gallimard, Paris.
 1988 “El sujeto y el poder”, en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 227-244.
- Jenkins, Richard
 1996 *Pierre Bourdieu*, Routledge, London and New York.
- Lévi-Strauss, Claude
 1992 *El pensamiento salvaje*, Francisco González Arámburo, trad., Fondo de Cultura Económica, México.

- Lomas, Carlos, ed.
 1999 *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*, Paidós, Barcelona.
- Mardones, J.M. y N. Ursúa
 1996 *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Fontamara, México.
- Pinto, Louis
 2002 *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*, Eduardo Molina Yvedia, trad., Siglo XXI, México.
- Pross, Harry
 1980 *Estructura simbólica del poder*, Pedro Madrigal Devesa y Homero Alsina, trad., Gustavo Gili, Barcelona.
- Rudner, Richard S.
 1973 *Filosofía de la ciencia social*, Dolores Cano, trad., Alianza, Madrid.
- Scholes, Robert
 1981 *Introducción al estructuralismo en la literatura*, Carlos Martín Baró, trad., Gredos, Madrid.
- Scott, Joan W.
 1997b "El género: una construcción útil para el análisis histórico", en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 265-302.
- Weber, Max
 1998 *Economía y sociedad*, José Medina Echavarría, Juan Roura Parella et al., trad., Fondo de Cultura Económica, México.
- Woolf, Virginia
 1978 *Al faro*, Carmen Martín Gaité, trad., EDHASA, Barcelona.
 1979 *Tres guineas*, Román J. Jiménez, trad., Sudamericana, Buenos Aires.
 1967 *Una habitación propia*, Laura Pujol, trad., Seix Barral, Barcelona.

Artículo recibido el 18 de marzo de 2005
 y aceptado el 8 de diciembre de 2005